

PENÍNSULA ODISEAS

Viaje al Mekong

Javier Nart

y Gorka Nart

Cabalgando el dragón por
Tailandia, Laos, Camboya y Vietnam



Viaje al Mekong

Javier Nart

y Gorka Nart

Cabalgando el dragón por
Tailandia, Laos, Camboya y Vietnam

ediciones península

© Javier Nart, 2001, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2001
Primera edición en Península, revisada: mayo de 2015

© de las imágenes de los pliegos, Javier Nart
© del mapa, Planeta Actimedia, S. A. - GradualMap

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9-11, 11^a pta.
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL • fotocomposición
EGEDSA • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 8.278-2015
ISBN: 978-84-9942-412-5

ÍNDICE

Prólogo, por Alberto Vázquez-Figueroa	13
1. Mekong	17
2. Bangkok	35
3. Patpong. Putas y poetas	55
4. El Triángulo de Oro	69
5. De Chiang Rai a Luang Prabang	93
6. Luang Prabang	109
7. De Luang Prabang a las puertas de Dien Bien Phu	131
8. De Muang Khua a Vientiane	153
9. Llanura de los Jarros. Meos, CIA y bombas	165
10. De Vientiane a Pakse pasando por Savannakhet	179
11. De Pakse a Attapeu	189
12. De Attapeu a Pa-Am en la ruta de Ho Chi Minh	205
13. De Pakse a See Pan Done (las Cuatro Mil Islas) y vuelta a Pakse	223
14. De Ubon Ratchathani a Kaoh Khong (o desde Laos a Camboya, vía Tailandia)	241
15. De Kaoh Khong a Phnom Penh. El genocidio polpotiano	263
16. Phnom Penh	281

ÍNDICE

17. Camboya año 2001: gánsteres políticos, pederastas, proxenetas y exquisitos genocidas	299
18. De Phnom Penh a Angkor	319
19. De Angkor a Saigón	339
20. Saigón	353
21. Cu Chi y Cao Dai. Del más acá al más allá	371
22. En las nueve bocas del dragón	383

MEKONG

La primera imagen del Mekong que existe en mi vida es la de un cabronazo de piel verde con orejas de marciano en forma de trompetilla, emperador de una coalición de planetas siderales y cuya única preocupación era hacer la puñeta por tierra, mar y aire al mundo mundial.

El «Mekong» era un villano de aquella serie radiofónica que emitía la Sociedad Española de Radiodifusión-SER. Allí Pedro Pablo Ayuso, Matilde Villariño y algunos históricos locutores más, cuyos nombres se me han borrado de la memoria, ponían voz y drama a una serie de audiencia máxima donde el bueno (Diego Valor), capítulo tras capítulo, deshacía los complots de aquel impresentable personaje, el malísimo Mekong.

En las grises tardes de Bilbao, grises de color y de transcurso, Diego Valor, el Mekong, constituían una quiebra en la monótona rutina de un niño mal de casa bien: mi persona.

Los turbios manejos, la infinita perversidad del Mekong eran el más perfecto trasunto de la conspiración universal judeomasónico-bolchevique contra la España eterna, Una, Grande y Libre.

Y por su parte Diego Valor era un cruce épico-religioso-político del Cid Campeador, Francisco Franco y Santiago Ma-

tamoros que concentraba en su persona las virtudes del franquismo de cartón piedra: adalid generoso, arrojado, victorioso frente al mal, providencial salvador de la humanidad frente a las pérfidas conjuras de sus enemigos.

Y de aburridísima castidad.

Más adelante aquel libelo semanal editado bajo la égida de la Dirección General de Seguridad (de la suya) que se titulaba *El Español*, descubrió a mis ojos adolescentes que el Mekong, además, era un lugar donde unos pérfidos comunistas de ojos rasgados y que no creían en Dios se dedicaban frenéticamente a matar a los que las películas de Hollywood nos mostraban que eran los buenos: los norteamericanos.

Así, el Mekong dejó de ser un enemigo verde para convertirse en una amenaza roja..., aunque los vietnamitas del Vietcong fueran amarillos.

Arcoíris cromático que mantenía un común denominador: la amenaza contra el universo civilizado defendido primero por Diego Valor y después por el arcángel salvador gringo.

Otra cosa era que Diego Valor ganara por goleada al verde Mekong mientras que el rojo Vietcong (o amarillo) humillaba un día sí y otro también a la superpotencia norteamericana.

Cosas de la naturaleza, inevitabilidad de la especie, yo fui creciendo no tanto en tamaño (sigo midiendo 1,67 metros, poca cosa), sino en inquietudes, intereses y preguntas.

Y poco a poco comprendí que Diego Valor, como el franquismo, era un esperpento. Y que el Vietcong no era tan perverso ni las bombas norteamericanas tan beatíficas.

En definitiva, que la guerra en Vietnam, en Indochina, era un gigantesco crimen, que Hollywood no era el evangelio y que existía salvación más allá de la esclerótica ortodoxia del Movimiento (inmóvil) Nacional franquista.

Así que de considerar al Mekong un peligro, radiofónico

primero, estratégico después, comencé a profundizar sobre su geografía y su historia. Sus pueblos y sus culturas.

Y un día cambié de bando: me pasé al Mekong.

A los malos, que sin ser buenos ciertamente eran mejores.

El Mekong es el eje vertebrador-confrontador de las numerosas etnias y naciones que pueblan su cauce.

Desde su nacimiento en las montañas del Tíbet en el paso de Rupsa-la, a 5.000 metros de altura, hasta su desembocadura en el mar del Sur de la China, una lengua de agua terrosa, marrón y opaca, atraviesa los territorios de lo que hoy constituyen China, Birmania (Myanmar), Laos, Tailandia, Camboya y Vietnam.

En su cabecera las aguas parten cordilleras, moldean montañas creando profundos valles en los que el río engrosa su caudal con las múltiples aportaciones que le hacen las nieves de las estribaciones orientales del Himalaya. Desde el paso de Rupsa-la, el Mekong, engañosamente, se dirige hacia el este en un recorrido de 100 kilómetros. Es allí cuando, en un quiebro de 90°, define su definitiva vocación de corriente sureña, vida y esperanza (entre la muerte) de los pueblos de la península Indochina.

En su primer tramo, 2.000 kilómetros de territorio (Tíbet oriental, Chamdo y Yunnan), el Mekong se precipita desde los 5.100 metros de altura de su nacimiento hasta los 600 en los que encuentra la frontera laosiano-birmana. Desde la última ciudad china, Jinghong, hasta su desembocadura en el Mar del sur de la China, en el gran delta vietnamita. Un recorrido de 2.000 kilómetros... con sólo 600 metros de desnivel.

Ello configura desde este punto un río aparentemente apacible, carente de riesgos, de plácido caudal.

En absoluto. Es un río con fuerte personalidad, si así se puede decir, que cualquier barquero que surca sus aguas res-

peta y teme. Y que en ocasiones odia cuando el agua deja de ser un camino para convertirse en una turbulenta tumba.

Rápidos, remolinos impresionantes, troncos a la deriva, bajos de arena móviles, rocas indetectables, convierten numerosos tramos de su curso en algo más que un paseo.

De ello seré testigo y protagonista.

Hay dos Mekong. Uno razonablemente navegable hasta la frontera laosiana, donde las cascadas de Khone impiden la progresión fluvial, y otro al norte que permite un fácil tránsito fuera de la época de estiaje.

Hay un Mekong norte-sur (o sur-norte), ruta y comunicación, y hay un Mekong este-oeste, muro y separación.

Diría que hay tantos Mekong como pueblos que lo viven y aprovechan.

Para los chinos, por lo brutal de su cauce, lo bautizaron como el Río de las Rocas (Dza Chu), incluso más propiamente Río Turbulento (Lancang Jiang). Para los tailandeses es Mae Nam Khong (Madre de las Aguas), denominación más apropiada al ser generoso en pesca y caudal. En Camboya recibe el nombre de Tonle Thom o Gran Río. Y por fin en Vietnam, donde entra partido y partiéndose en su amplio delta, es el Río de los Nueve Dragones, uno por cada brazo que muere en el mar.

El Mekong es causa y sentido de vida para 50 millones de personas desde la frontera china a las aguas del mar de mismo nombre.

En mis buceos por libros y documentación, cuando intentaba, con algún éxito, desasnarme de tanta ignorancia, más allá de Diego Valor y el presidente norteamericano Johnson, encontré un sorprendente nexa entre los remotos territorios de Vietnam, Camboya, Laos y Tailandia, y nuestra propia historia. Son esas epopeyas de muerte, pillaje y coraje, denomina-

dor común de conquistas sangrientas que la victoria purifica en gestas ejemplares.

Érase que se era el remoto año de 1511, cuando el almirante portugués Alburquerque, en su muy cristiana y civilizadora empresa, asaltó la ciudad malaya de Malaca no dejando títere con cabeza. Su crónica escrita al rey de Portugal sobre tan noble acción es sumamente explícita: «En cualquier lugar que encontramos a los musulmanes, los matamos. Llenamos las mezquitas con ellos y las incendiamos».

Durante cuatro días Malaca fue declarada botín de guerra para los píos soldados portugueses: mataron, violaron y robaron a su antojo, eso sí, sólo cuatro jornadas. No en balde la conquista se realizó bajo la invocación y protección del santo del día: Santiago Matamoros, nunca mejor dicho.

Aquella presencia portuguesa en Malaca y la posterior española en Manila crearon dos polos que alteraron el equilibrio en el área. España y Portugal chocaron en sus antípodas por unos territorios que los lusos reclamaban como suyos aplicando las coordenadas del Tratado de Tordesillas, y que los hispanos negaban. No hay mejor ley que la espada, así lo entendió siglos después Mao Tse-tung afirmando que «la revolución se encuentra en la boca del cañón».

España y Portugal ya habían descubierto el «Libro Rojo» de Mao antes de que se escribiera: la tecnología militar y náutica luso-hispana era infinitamente superior a la local. Y sultanes, reyes y reyezuelos tuvieron que aceptar la hegemonía de los ibéricos.

Y en esas circunstancias siempre surgen tipos únicos, locos que el éxito convertirá en héroes o la derrota en mitómanos o criminales.

Allá por 1583 el portugués Diego Veloso, nacido en Amaranthe, no era sino un muerto de hambre de veinticuatro años que

no se sabe cómo ni por qué apareció por el reino de Camboya, y que con más desparpajo que vergüenza embaucó al soberano Satha, consiguiendo sus favores, su aprecio... y una de las más bellas princesas, con la que matrimonió, a la vez que era nombrado hijo adoptivo por el propio rey.

Coetáneamente, el español Blas Ruiz de Hernán González (apellidos no faltaban), náufrago y esclavizado en las costas hoy vietnamitas del entonces reino de Champa, ¡¡con sólo veintidós años!! realizó la proeza de huir de sus captores y atravesar a pie toda la cordillera central annamita y la selva del oriente camboyano hasta llegar a la corte del confiado rey Satha, encontrándose con su peninsular vecino. Labia no debía de faltarle, ya que ascendió rápidamente en la corte.

A pesar de que por entonces los reinos de Portugal y España se habían unificado en la común corona de Felipe II, las peculiaridades y particularidades de cada territorio subsistían. Una cosa era tener rey común y otra muy distinta que los intereses lo fueran. Cada cual a lo suyo.

Algo así como lo que ahora se produce entre las diferentes autonomías del reino de España: 18 miniestados trasunto de los reinos de Taifas andalusíes. La historia, lamentablemente, se repite.

Diego Veloso propuso al rey Satha que se aliara con el gobernador portugués de Malaca frente a la amenaza que significaban las agresiones y ataques que en oleadas llegaban desde el emergente y poderoso reino de Siam, entonces bajo el reinado de Nareth. Por el contrario, el también buen patriota Blas Ruiz proponía la alianza con la Capitanía General de Filipinas. En conclusión, la tribu ibérica ejerciendo de tal.

Satha, por lo que se veía, era un pragmático ecléctico: envió al portugués Veloso... a la castellana Filipinas.

El gobernador de Manila demasiado tenía con defenderse de los piratas chinos y de los indígenas locales que no estaban por la labor de aceptar la soberanía del exótico y aburrido Fe-

lipe II. Ni de admitir pasivamente la evangelización espiritual (vía dominicos), ni vaginal (ardores de la soldadesca).

Escaso caso, ninguno, hizo el capitán general castellano de las prometedoras ofertas que Diego Veloso traía del rey de Camboya (libre comercio, posibilidad de evangelización...), materializadas en una carta escrita en ¡¡hoja de oro!!

Cuando Diego Veloso, con una mano delante y otra detrás, esto es, muchas promesas y nada práctico, volvió a Camboya, se encontró que su capital Lovek había sido conquistada por el rey Nareth de Siam, y que su amigo Blas Ruiz, prisionero, había sido enviado en barco a la corte siamesa en Ayutaya.

Y, para colmo, el propio Veloso también fue capturado.

Pintaban bastos.

Pero no para Diego Veloso ni, como veremos, para Blas Ruiz. Diego Veloso, «inasequible al desaliento e impasible el ademán» (como dirían los falangistas), hombre de recursos que era, logró cuadrar el círculo y convencer al rey Nareth para que volviera a enviarle a Manila a repetir el ofrecimiento de alianza que antes había realizado en nombre del ahora vencido rey Satha. Ayer para Camboya, luego para Siam, Veloso tenía un ecléctico sentido de la geografía...

En resumen, Diego Veloso, como las putas, se «acostaba» con el mejor postor.

Por su parte, Blas Ruiz, a pesar de su corta edad, los tenía como el caballo de Espartero. Preso que estaba en el navío que le transportaba, se liberó de las cadenas que lo aherrojaban y con sus compañeros de infortunio asaltó la tripulación siamesa. La redujo. Se apoderó del barco y lo dirigió a Manila... ¡¡donde se encontró con su compadre Diego Veloso también libre!!

Diego Veloso y Blas Ruiz ya eran una pareja más famosa que el tándem Messi-Neymar, la delantera de oro del Club de Fútbol Barcelona.

Y ese tándem decidió pasar directamente de Nareth y de Satha y dedicarse a lo propio y ejemplar: hacer fortuna en

Camboya de modo ya directo. Así que en enero de 1596, tras reclutar un heteróclito grupo de aventureros ¡¡y frailes!!, zarparon en tres barcos ¡¡a la conquista de Camboya!!

El nominal comandante de aquella expedición, Juan Suárez de Gallinato, extraviado por huracanes y corrientes, terminó con su nave en las costas de Malaca; Diego Veloso naufragó con el suyo en las bocas del Mekong. Así que el único que pudo llegar a la capital de Phum Penh fue nuestro compatriota Blas Ruiz, encontrándose un nuevo rey, Chung Prei, que había expulsado al cándido Satha que, con sus dos hijos, demasiada fortuna tuvo en poder huir al vecino Laos.

Chung Prei, que no las tenía todas consigo, había establecido su corte en un lugar que entendió seguro, en Srei Santhor, aguas arriba del Mekong. Como veremos no le sirvió de nada.

Reunidos Blas Ruiz y Diego Veloso, que ya había llegado por tierra con su partida, se encontraron con la capital real a su plena disposición, así que sin mayores preámbulos pasaron a cuchillo a los comerciantes chinos locales, inexplicablemente reacios a dejarse saquear, acopiando un inmenso botín.

Pasada la ventolera comprendieron que el rey Chung Prei no estaría de especial buen humor tras conocer la noticia, así que decidieron comparecer ante él, y explicarse directamente en persona antes de que llegaran los mensajeros. En fin, convencerle con palabras... o vencerle con espadas.

Y, en su caso, matarle. Más bien para evitar malos entendidos y discusiones inútiles que para otra cosa.

Camboya o - España 1. Marcador al final del primer tiempo en junio de 1596. Gol de Ruiz-Veloso.

Inmediatamente apareció por Phum Penh el extraviado Juan Suárez de Gallinato, al que se le pusieron los pelos de punta al observar el desafuero realizado por el muchachete Blas Ruiz y su amigo Diego Veloso, intentando «desfacer el entuerto». Ya que no podía resucitar a los muertos, procedió a compensar a los vivos.

Todo ello dentro de un orden. Esto es, indemnizó a esposas e hijos con parte del botín robado por el tándem Ruiz-Veloso a sus maridos y padres. El resto (la mayor parte) se lo quedó, como es natural entre personas civilizadas y de buena educación.

«No es cosa de pasarse de bueno y que te tomen por tonto», pensó Suárez de Gallinato.

La cuestión es clara, primero se mata y se roba y luego se devuelve parte a los deudos. Eso se llama justicia, y si no que se lo expliquen al democrático Estado de Israel que, tras exiliar las tierras a los palestinos y expulsarlos de sus casas, está ahora dispuesto a devolver una pequeña parte de lo expoliado, por aquello de la paz, la interculturalidad y la convivencia entre culturas y pueblos. En ese sentido, Juan Suárez de Gallinato no fue más que un precursor de esa preciosa palabra que ahora se llama «consenso y proceso de paz», bajo la égida de la metafísica «comunidad internacional».

En el ínterin el binomio Veloso-Ruiz no había perdido el tiempo.

Entendiendo que sería difícil «convencer» al rey Chung Prei de que la masacre y saco de Phum Penh debían ser tomados como cuestión baladí, cortaron por derecho y pasaron a los hechos: en la noche de mayo de 1596 y tras la bendición apostólica de los frailes, los «conquistadores» ibéricos asaltaron el palacio de Chung Prei, lo incendiaron, mataron al rey... e incrementaron sus activos con el tesoro real.

Camboya o - España (o las Españas) 2.

A Suárez de Gallinato se le pusieron los pelos como escarpas: primero el saco de Phum Penh y luego la degollina y regicidio de Srei Santhor. Juan Suárez de Gallinato remitió a la peligrosa pareja Ruiz-Veloso hacia Manila. Corría el año 1596.

Ruiz y Veloso, temiéndose lo peor en Manila, «convencieron» a la tripulación consiguiendo que les desembarcaran en el

puerto vietnamita de Faifo (hoy la bellísima villa de pescadores de Hoi An).

«Poderoso caballero es Don Dinero», que diría Quevedo.

Desde Faifo, ¡¡a pie!!, atravesaron la jungla impenetrable de la cordillera vietnamita y laosiana (una orografía que ni el ejército norteamericano pudo dominar) hasta llegar en octubre de 1596 a Vientiane, capital del reino de Laos, donde pensaban encontrarse con el depuesto rey Satha.

Fueron 800 kilómetros a pie a través de cordilleras, barrancos, ríos, pantanos. Una hazaña extraordinaria.

Y allí conocieron que el rey Satha había fallecido sucediéndole su hijo Barom Reachea. Barom Reachea no estaba para grandes aventuras, disfrutando de una vida placentera en la magnífica hospitalidad del rey de Laos, en un bellissimo palacio provisto de un harén de muy complacientes laosianas en renovación permanente.

Y las laosianas, en sazón y abundancia, no son cosa de despreciar. Eso lo tenía bien claro el pragmático Barom Reachea.

Entre el pájaro en mano de mozas y lujos, y el ciento volando de glorias (y riesgos) que le ofrecían Diego Veloso y Blas Ruiz, Barom Reachea lo tenía muy claro.

Pero la llegada de Diego Veloso y Blas Ruiz tuvo un efecto milagroso en la corte camboyana de Phum Penh que, presa del pánico ante la posibilidad de una no deseada visita de aquellos expeditivos ibéricos, decidió «espontáneamente» ofrecer el trono a Barom Reachea... antes de que aparecieran por allá nuestros amigos.

El sorprendido y agradecido nuevo rey, ahora Barom Reachea II, se encontró, sin esperarlo ni buscarlo, no ya con el ciento sino con el reino en la mano (con nuevas y más abundantes concubinas), nombrando a nuestros aventureros Diego Veloso y Blas Ruiz gobernadores de las provincias del sur, lo que es ahora el delta del Mekong.

Diego Veloso y Blas Ruiz se vieron convertidos en virre-

yes semiindependientes de las zonas más ricas del reino, dominando además los accesos a la capital Phum Penh.

Tenían a Barom Reachea II cogido por donde más duele.

Diego Veloso y Blas Ruiz, como Mario Conde, Javier de la Rosa, Luis Bárcenas y tantos otros hombres de empresa-presa, eran personas emprendedoras y que, como la infantería española, no conocían obstáculos ni límites. Así que, de controlar al rey por los testículos, decidieron directamente controlar el reino.

Y les pasó lo mismo que a Mario Conde y compañía. A éstos la Justicia los paró en seco, y a aquellos, la desproporción de sus fuerzas con el hartísimo pueblo camboyano les hizo dar con sus huesos en el infortunio definitivo: murieron en Phum Penh luchando contra fuerzas superiores.

Consiguieron la unanimidad... en su contra: chinos, camboyanos, vietnamitas, malayos y japoneses olvidaron sus diferencias. De la expedición ibérica no quedó ni uno para contar-lo. A mediados de 1599, aventureros y frailes pasaron a mejor vida (que digan lo que digan es peor).

Blas Ruiz y Diego Veloso seguro que pensaron en aquellos momentos previos al tránsito al más allá que «nos quiten lo bailado».

Diego Veloso tenía cuarenta años, Blas Ruiz veintiocho.

Si Blas Ruiz y Diego Veloso hubieran matado más diligentemente, hoy nos encontraríamos con una dinastía de origen hispánico, respetada y respetable.

Camboya 1 - España 2. Final del partido.

En cualquier caso Barom Reachea II no tuvo demasiado tiempo para alegrías. En un golpe palaciego, su tío Ponhea Ang le dio matarile el mismo año. Tuvo el detalle de adoptar su nombre: sería Barom Reachea III.

Ponhea Ang, ya se ve, era persona bondadosa que después de matar no guardaba rencor alguno a sus víctimas.

Hay una novela escrita por Ruydiard Kipling de la que se ha hecho una notable película: *El hombre que pudo reinar*.